DE LA ORTODOXIA A LA HETERODOXIA

LA CRITICA DE LOS MARXISMOS A LA RELIGION

MIKEL VIANA

"La religión es el suspiro de la criatura agobiada; el estado de ánimo de un mundo sin corazón, porque es el espíritu de los estados de cosas carentes de espíritu. La religión es el opio del pueblo" (Karl Marx).
"Si Cristo volviera a la tierra, de seguro arremetería con el látigo contra los curas, obispos y arzobispos que protegen a esos ricos que engordan del sudor sangriento de millones" (Rosa Luxemburgo).

Si es cierto que para algunos cristianos el problema de las relaciones entre marxismo y cristianismo está zanjado definitivamente por ser incompatibles, no es menos cierto que para muchos marxistas el problema también está resuelto desde el momento en que se entiende que la religión es el opio del pueblo y de ella nada puede esperarse —aparte de obstáculos— en el proceso revolucionario.

Este hecho es particularmente llamativo si se tienen en cuenta el postulado del primado de la práctica social que sostiene el marxismo y el hecho cada vez más frecuente del compromiso de los criatianos en el proceso de liberación y la construcción de una sociedad socialista. Y si se es consecuente con el método puesto en práctica por Marx, habría que concluir que el "verdadero marxismo" no reside en el recurrente refugio en formulaciones clásicas —por muy marxistas que parezcan—, sino en la continua actualización de la relación que existe entre la teoría y la práctica social.

La religión que tuvieron ante sus ojos los clásicos marxistas y los políticos revolucionarios de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, sin duda se les presentaba como un obstáculo serio para la conciencia revolucionaria del proletariado y nada tiene de extraño que en su crítica a la religión alcanzaran un consenso general según el cual ésta es opio para el pueblo. Pero si es propio del materialismo histórico el exponer los postulados teóricos a la crítica de la realidad cambiante, negarse a la comprensión de la experiencia liberadora que muchos cristianos abordan desde su experiencia religiosa es ciertamente renunciar a postulados centrales del mismo materialismo histórico.

Por estas razones reviste especial interés el exámen del tratamiento otorgado por el marxismo al problema religioso y su contraste con los procesos reales que aparentemente empiezan a contradecir las tesis de la crítica religiosa de los clásicos.

EL SUSPIRO DE LA CRIATURA AGOBIADA

Un siglo antes de Marx, los teóricos de la revolución burguesa habían afirmado la irreconciliable contradicción entre el cielo y los intereses de la tierra, la cual se resolvía con la abolición de la religión oscurantista que frenaba el dominio del hombre sobre la naturaleza. Hegel consideraba "superada" la religión después de instaurar el saber absoluto y su crítico discípulo Feuerbach encontraba que el hombre condenado a una existencia plagada de limitaciones creaba a Dios y al cielo como proyecciones ideales de las potencialidades propias no desarrolladas o simplemente enajenadas.

Marx siguiendo de cerca a Feuerbach afirmaba que el fundamento de la "crítica irreligiosa" es que el hombre crea la religión y no a la inversa. El hombre concreto es el que vive en una sociedad y sometido a un Estado, "este Estado, esta sociedad, produce la religión, una conciencia del mundo invertida, porque ellos son un mundo invertido" (1). De lo que se trata es de acabar con "aquel mundo que tiene en la religión su aroma espiritual". Pero la religión no es sólo la proyección tergiversada de un mundo miserable, sino también protesta contra la miseria real, la única protesta posible para el hombre despojado de su verdadera conciencia. La religión que legitima la explotación y consuela al explotado es el sostén de un mundo que sin ella no podría mantenerse y por eso reproducida a partir de las condiciones materiales de existencia de la explotación y esta es la razón por la que a diferencia de la Ilustración, la crítica a la religión no puede quedarse en ella, sino que debe ser crítica de la sociedad y de las condiciones materiales de su existencia. La religión que surge espontáneamente de las condiciones materiales de la explotación, desaparecerá espontáneamente una vez que sean canceladas tales condiciones. Por eso Marx no pierde mucho tiempo criticando la religión, sino que procede a la crítica de la economía política.

LA COSMOVISION DEL PARTIDO PROLETARIO

El legado de Marx a sus seguidores consistió en una teoría crítica de la economía política de la sociedad capitalista y un método para conocer la historia y la sociedad en orden a su transformación. "Lo malo es que los marxistas, entre ellos el mismísimo Engels, han querido convertir lo que era un método en un sistema completo, una concepción filosófica del mundo en la que caben todas las cosas que ha querido parir nuestro universo" (2).

La evolución posterior de la crítica a la religión por parte de los marxistas parece depender más de las influencias del materialismo positivista decimonónico y de las necesidades surgidas de la adaptación de una cosmovisión a un partido proletario de masas, que de la revisión de los postulados teóricos en relación con elementos nuevos aparecidos en la práctica social. El factor histórico que más afectó el desarrollo del marxismo en el último tercio del siglo pasado fue la frustración de los marxistas ante la revolución que no terminaba de estallar. A mediados del siglo pasado, la pujanza del movimiento obrero era motivo suficiente para el optimismo de Marx, pero posteriormente las derrotas sufridas por los proletarios parecían mostrar que aún cuando la condición objetiva de la explotación era germen potencial de la conciencia revolucionaria del proletariado, no terminaba de advenir la revolución.

El centro de gravedad del movimiento obrero pasa de la crítica de la economía política y la expectación de la revolución a la construcción de una "cosmovisión proletaria" que fundamentara la unidad organizativa del partido proletario. Mientras más se retrasara la revolución, más necesaria sería tal cosmovisión. Y para elaborarla Engels —en su Anti-Dühring y en La Dialéctica de la Naturaleza— y

Lenín —en Materialismo y Empiriocriticismo y otros escritos de diversa índole—, sin mediar acuerdo previo, echan mano de lo que tienen a su alcance: la filosofía materialista-positivista. Negando la metafísica, construyen una vulgar metafísica con pretensiones cientificistas.

Pero en la crítica a la religión de Engels y más claramente de Lenín, está presente un elemento adicional: la abierta pugna ideológica. El materialismo dialéctico —heredero en este terreno del materialismo burgués del s. XVIII— no sólo es ateo por su metafísica vulgar, sino sobre todo por su descubrimiento de la "esencia política de la religión". La religión no es simplemente el "suspiro de la criatura agobiada", sino un instrumento de dominación en manos de la burguesía. En consecuencia, la comprensión del problema religioso no puede alcanzarse inmanentemente —no es posible una comprensión de la religión en sí misma—, sino desde la política, es decir, emplazada y subordinada a la lucha de clases. La lucha contra la religión es consecuencia de su conflicto con los intereses del proletariado —vale decir, del partido, legítimo intérprete de tales intereses— y de su servicio ideológico a la explotación.

No hay que olvidar que la ortodoxia la establecen los vencedores una vez que detentan el poder. La metafísica atea queda unida definitivamente a la comprensión política de la religión como instrumento de dominación y quedan hipostasiadas por la ortodoxia leninista que las postula como tesis definitivas, ahistóricas, no sujetas a la crítica de la experiencia concreta. La atractiva claridad pragmática de Lenín unida al poder de la ortodoxia contribuyen a que su planteamiento crítico acerca de la religión sean aceptados por la generalidad de los marxistas.

Tal vez el hecho más significativo, a otro nivel, es que la "cosmovisión proletaria", el materialismo dialéctico, es hoy de hecho el sistema de pensamiento rector de las sociedades socialistas de Europa Oriental, Asia y Cuba. El artículo 54 de la Constitución cubana vigente postula: "El Estado Socialista, que basa su actividad y educa al pueblo en la concepción científica materialista del universo, reconoce y garantiza la libertad de conciencia, el derecho de cada uno a profesar cualquier creencia religiosa y a practicar, dentro del respecto a la ley, el culto de su preferencia. La ley regula las actividades de las instituciones religiosas. Es ilegal y punible oponer la fe o la creencia religiosa a la Revolución, a la educación o al cumplimiento de los deberes...". La nueva Constitución China, después de afirmar que "El marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung constituye la base teórica que guía el pensamiento de nuestro país" (Art. 2), garantiza a los ciudadanos "la libertad de profesar creencias religiosas y de no profesarlas y propagar el ateísmo" (Art. 28). No hace falta abundar mucho en el asunto, pero basta decir que la cosmovisión proletaria, que en el período prerevolucionario apenas puede alcanzar como máximo alianzas tácticas con los creyentes, convertida en dogma de estado carece de tolerancia suficiente para hacer realidad lo que postula en las constituciones.

En realidad, la "cosmovisión proletaria del marxismo-leninismo" sobre la que se basa la actividad de las sociedades de socialismo estatal, como señala un crítico marxista, "desempeña una doble función: una religiosa y otra cognitiva. Cuando domina la primera, la segunda es sistemáticamente reprimida. El marxismo no puede desarrollar libremente sus posibilidades cognitivas(...), parece ser la teoría cognitiva menos desarrollada (...). Nadie cree en él: los que mandan no creen porque lo utilizan exclusivamente para fines religiosos, los que obedecen tampoco porque los odia" (3).

Por esta razón, el mismo marxismo está paralizado, congelado y no puede dar cuenta consecuente del hecho frecuente de creyentes asociados al proyecto de liberación que no sólo no reniegan de su fe, sino que están impulsados por ella. Sólo un marxismo libre de las ataduras dogmáticas estaría en capacidad de plantear el problema en términos distintos. Nada tiene de extraño que los marxistas ortodoxos asignen al "diálogo cristiano-marxista" un valor meramente táctico y aún lo vean con severas reservas: "Los anticomunistas han tratado y tratarán de aprovechar esas entrevistas para sus fines, planteando como 'condición' que los marxistas renuncien al ateísmo, provocando la 'ruptura' entre los participantes, para justificar así su línea 'dura' respecto al comunismo, etc" (4).

A los ojos de los marxistas ortodoxos, la posible evolución del Magisterio eclesiástico en relación al marxismo, no pasa de ser acomodación táctico-estratégica que no pueden ir más allá de exhortar a los ricos a que sean "buenos con los pobres" (5). Y el hecho de que cada vez más numerosos cristianos luchen por el socialismo desde la fe, creen resolverlo teórica y prácticamente afirmando con solemnidad pontificia que "todas las variantes de 'socialismo' religioso o cualquier otro divergen del socialismo científico, desvían de las tareas de la transformación auténtica y radical de la sociedad en interés de la absoluta mayoría de la población"(6).

LOS HETERODOXOS

Sin embargo, hay algunos matices en la crítica marxista a la religión, más allá de la ortodoxia leninista y sus epígonos. Los matices los introducen los heterodoxos que generalmente coinciden en señalar la aberración que consiste en hacer del marxismo una metafísica ahistórica y reivindican el método histórico de Marx que persigue poner a la teoría en correspondencia con la práctica transformadora de la sociedad capitalista. Con frecuencia estos heterodoxos son políticos vinculados directamente a las luchas obreras contra la explotación que tratan de resolver los problemas en la práctica y para bien o para mal no se han dedicado explícitamente al desarrollo teórico del marxismo en relación con el problema religioso. El caso típico es el de Roda Luxemburgo, polaca que desarrolló un significativo papel en las luchas revolucionarias de principio de siglo en Alemania.

La crítica luxemburguiana a la religión está despojada del contenido metafísico que veíamos en Lenín. De hecho, Rosa Luxemburgo se constituyó en aguda crítica del leninismo en aspectos como el burocratismo, las relaciones masa-partido, y el protagonismo de este último. Critica históricamente al cristianismo, cuyo espíritu original pretende realizar el movimiento proletario. Su romántica exaltación de las primeras comunidades cristianas no le impide plantear una lucha contra las condiciones sociales que permitieron al cristianismo olvidar su espíritu original y contra los factores ideológicos que actualmente encubren ideales engañosos.

La adopción de una perspectiva historicista no-metafísica, hace que la crítica a la religión de R. Luxemburgo, sea determinada, en el sentido de estar circunscrita a un período histórico concreto, lo que le permite dos cosas: por una parte reconocer en el "espíritu cristiano" un eslabón importante en el largo proceso de la humanidad hacia el socialismo, y por otra parte, no caer en un juicio definitivo acerca de la "esencia de la religión", que se traduciría en la práctica en una actitud flexible y abierta a la participación de creyentes en la revolución, aun aceptando "sus motivaciones religiosas" como posiblemente válidas.

Aún dentro del campo heterodoxo, después de la segunda guerra mundial se produjo la llamada "política de mano tendida" que consistió precisamente en la posibilidad de establecer alianzas con grupos políticos creyentes para alcanzar propósitos comunes. Con respecto al leninismo, el avance de la política de "mano tendida" prácticamente se reduciría al reconocimiento de la posibilidad de alianzas tácticas, pero las experiencias concretas señalan que el oportunismo no está lejano de algunas de esas alianzas. Con respecto a la crítica de la religión, las tesis de Lenín se mantendrían sin cambios notables.

Los comunistas italianos mostraron una mayor capacidad para enfrentarse al

hecho religioso. P. Togliatti, en el Discurso de Bérgamo sobre el destino del hombre resaltaba que "en lo referente al desarrollo de la conciencia religiosa, nosotros no aceptamos más la concepción, ingenua y errada, de que bastarían la extensión de los conocimientos y el cambio de las estructuras sociales para determinar modificaciones radicales... no ha soportado la prueba de la historia... las raíces son más profundas... la realidad es más compleja. De estas constataciones recabamos también la necesidad de la recíproca y profunda comprensión y de la colaboración..."(7). Lombardo Radice reconoce: "Hemos visto y vemos, con todo, que aún en el mundo moderno la forma religiosa es capaz, modificándose, de encerrar en sí contenidos revolucionarios. Vemos por eso con mucha claridad que la aspiración al socialismo es incompatible con **determinadas teologías**, pero no con una concepción religiosa del mundo cualquiera que ésta sea" (8).

Afirmaciones como éstas no son posibles dentro de la ortodoxia marxista-leninista. Es preciso estar fuera de la ortodoxia y asumir el auténtico legado de Marx —su método histórico y no un burdo sistema metafísico— para reconocer en la afluencia de creyentes a la lucha por el socialismo un hecho significativo que requiere reinterpretación.

Lo que queremos resaltar es lo siguiente: hasta hoy, los intentos de comprensión de la presencia cristiana en la lucha por la liberación, por parte del marxismo, se sitúan al margen de las ortodoxias establecidas. La incapacidad del marxismo ortodoxo para enfrentar consecuentemente la presencia de cristianos en la lucha por la liberación, es de alguna manera un síntoma más entre otros, de la crisis que atraviesa esa versión del marxismo que se ha aferrado a una metafísica ahistórica que desvirtuaría cualquier intento de llevar a correspondencia la teoría y la práctica social. Así, el marxismo en manos de la ortodoxia, "de teoría revolucionaria, se ha convertido en pura ideología". Y por lo que toca estrictamente al marxismo, como decía Karl Korsch, "El primer paso a dar, para reiniciar una teoría y una práctica revolucionarias, consiste en romper con este marxismo que pretende monopolizar la iniciativa revolucionaria y la dirección teórica y práctica"(9).

MAS ALLA DE LA ORTODOXIA

A partir de las líneas que hemos trazado, tal vez se puedan adelantar algunos elementos prospectivos. ¿Cuál puede ser la evolución de la crítica a la religión en el marxismo, en un futuro próximo?

Evidentemente que el criterio definitivo de esta cuestión no se formula teóricamente, porque será la práctica social de los creyentes en lucha por la liberación y su encuentro con los marxistas en esa misma lucha.

Pero también es claro que las probabilidades de un replanteamiento de la cuestión están negadas para el marxismo ortodoxo. Al convertir al marxismo en una ideología, en una metafísica ahistórica, las tesis formuladas de una vez para siempre con prescindencia de la realidad concreta, serán mantenidas inquebrantablemente. Esto es lo que sucede entre otras cosas, con la crítica a la religión. Hay un "bloqueo metafísico" para reconocer realidades nuevas que contradicen tesis viejas (10).

La posibilidad de una comprensión distinta del hecho religioso sólo puede esperarse de aquellos marxistas que conscientemente han roto con la ortodoxia que pretende monopolizar la teoría y la práctica revolucionaria, y han recuperado el vigor original del método que puso en práctica Marx, una de cuyas características es precisamente el arriesgar constantemente los postulados teóricos frente a la cambiante realidad y la práctica de su transformación. El vértice de esta reinterpretación se inscribe en la comprensión de la religión como hecho histórico, social y político dotado de una relativa autonomía con respecto a otras instancias de la realidad, que si bien históricamente ha operado como instrumento ideológico de dominación, también históricamente ha mostrado su capacidad para impulsar el proceso de la liberación y en suma no es incompatible con la sociedad socialista. Más allá de esto no irá el marxismo, porque este es su ámbito propio. El marxismo no puede ofrecer una interpretación religiosa, metafísica o de otra índole, porque no es una religión, ni un sistema metafísico —aun a despecho de la ortodoxia—, sino un método para el conocimiento y transformación de las sociedades y su historia.

Sin duda que en esta labor un papel importante corresponderá a los cada día numerosos cristianos que rompiendo con los dogmatismos de cualquier signo, se han apropiado del marxismo como método y reconocen en él un instrumento inapreciable de intervención en la realidad. ●

1. Marx, K. **Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel.** Werke I, Berlín, 1958, p. 378.
2. Silva, L. **Marx y la Alienación.** Monte Avila Editores, 1974, p. 24.
3. Citado por Fetscher, I. de una carta privada de un marxista crítico residente en la URSS. En "La ideología socialista, ¿Una religión de Estado?"; **Concilium**, No. 125, p. 246.
4. Mitrojin, L. **El "diálogo" de Marxistas y Cristianos**. En "El marxismo y la Religión". Academia de Ciencias de la URSS, AL-5(25)/1974; p. 73.
5. Sheiman, M. **El Socialismo Cristiano,** ibid. p. 79 y ss.
6. Ibid. p. 91.
7. Togliatti, P. "Discurso de Bérgamo", en Lombardo Radice, L., **Socialismo e Libertá,** Editori Riuniti, Roma, 1968, p. 129.
8. Lombardo Radice, L. ibid, p. 134.
9. Korsch, K. "Diez tesis sobre el Marxismo hoy", tesis 4. En **Marxisme et Philosophie,** Les editions des minuit, París 1964.
10. El marxismo ortodoxo sólo modifica sus tesis cuando la realidad contradictoria se le impone violenta e inevitablemente como en el caso de la adopción de la tesis del "socialismo en un sólo país", después de constatar que la revolución rusa no produjo una reacción en cadena en toda Europa.